

Leg. 11 paquete 2º

~~fo. 31~~

895

Sermon

de

La Purísima Concepción

de

Maria Santísima

por

D. Remigio Garcia.

31

A LA GLORIA
DE MARIA INMACULADA.

SERMON

QUE EN LA SOLEMNE FIESTA

CELEBRADA POR LOS DEVOTOS

DE LA PURISIMA CONCEPCION

**en accion de gracias por haber sido declarado
este misterio Dogma de Fé.**

PREDICÓ

EN LA IGLESIA PARROQUIAL DE S. MIGUEL Y S. JULIAN DE VALLADOLID,
EL 23 DE MARZO DE 1855,

EL DOCTOR DON REMIGIO GARCÍA,
presbítero y profesor de Filosofía en la Universidad
literaria de la misma ciudad.



VALLADOLID:

IMPRESA DE MANJARRES Y COMPAÑIA.

HTCA

U/Bc LEG 11-2 nº895



UVA. BHSC. LEG. 11-2 nº895 0 4 6 9 3 2 7

A LA GLORIA

DE MARIA IMMACULADA

SERMON

QUE EN LA SOLEMNE FIESTA

CELEBRADA POR LOS DEVOTOS

DE LA PURISIMA CONCEPCION

en acción de gracias por haber sido declarado
este misterio Dogma de F.

segundo

EN LA IGLESIA PARROQUIAL DE S. MIGUEL Y S. JULIAN DE VALLABO
EL 23 DE MARZO DE 1855.

EL DOCTOR DON REMIGIO GARCIA,
presbitero y profesor de Filosofía en la Universidad
literaria de la misma ciudad.

VALLABO

IMPRESA DE MARIANO Y GERMAN



IN PERPETUUM CORONATA TRIUMPHAT. SAP. IV. 2.

¡Bendito sea el Señor, Dios de toda consolacion y Padre de misericordia, que nos ha permitido ver este dia porque tanto ha suspirado nuestro corazon! Dia de gloria y de triunfo para la Iglesia; dia de fervor y religioso entusiasmo para sus fieles hijos. Alabemos al Señor, bendigamos su Nombre sacrosanto; porque cumplidos han sido en nuestros dias los deseos de todos las siglos de la Iglesia; porque realizados han sido los fervorosos votos de nuestros progenitores, y alzando al cielo nuestras manos cantemos la gloria de nuestro Dios y de su Madre purísima. ¡Gloria á Dios en las alturas del cielo; gloria á María libre y ecsenta del pecado original: gloria al Dios del amor y de la misericordia; gloria á María madre de la esperanza y de la clemencia, á la Virgen vencedora de la serpiente infernal, á la reparadora de los desgraciados mortales, porque ensalzada ha sido sobre todo lo criado; porque revestida ha sido de la gloria del Líbano, de la hermosura del Saron y del Carmelo. ¿Y quién es el que no participa en este dia de ese contento universal que se ha manifestado en todos los fieles? Toda la tierra se ha levantado para mostrar su entusiasmo; ha batido sus palmas de gozo

al ver colocada en la brillante corona de la Reina de los cielos la última piedra preciosa, símbolo de su incomparable pureza, de su admirable magestad. No la faltaba, es verdad, porque en el corazón de sus hijos estaba grabada la idea de su Concepción purísima. Pero faltaba que la Iglesia, única depositaria de la revelación, y maestra de la verdad, pusiese el sello de su juicio infalible é irreformable sobre esa creencia universal de todos los siglos, de todos los pueblos. Cien y cien veces se había pedido esa declaración solemne; mas no era llegado el tiempo marcado en los decretos de Dios, estaba reservado para nuestro siglo el momento señalado por la Providencia para manifestar al mundo de un modo claro y terminante el incomprensible tesoro de gracia con que fué enriquecida desde el primer momento de su existencia la primogénita de todas las puras criaturas, la señalada y escogida para ser la Madre hermosa del Salvador de los hombres.

Los Pastores de la Iglesia acuden de todas las partes del mundo llamados por el sucesor de Pedro, por el Gefe supremo de la Iglesia, cuya mano dirige el timón de la nave tan combatida por las oleadas de la tempestad; y agrupados á su redor le manifiestan los deseos de los fieles confiados á su solicitud; esos deseos son los suyos, son los de diez y nueve siglos. Habla, le dijeron, la Iglesia te escucha; los pueblos del Oriente y Occidente, del Norte y del Mediodia, hasta las islas del mar esperan oír tu voz, voz infalible, regla firmísima de la verdad, y en medio del respetuoso silencio de la Iglesia congregada pronuncia el Vicario de Jesucristo la solemne definición de que *Es una verdad de fé que la bienaventurada VIRGEN MARÍA desde el primer instante de su Concepción, por singular privilegio y gracia de Dios, por los méritos de Jesucristo, Salvador del linage humano, fué preservada y ecsenta de toda mancha de pecado original. Esa es nues-*

tra fé, clamaron cien y cien voces en idiomas diferentes, esa es nuestra fé; Pedro ha hablado por boca de Pio; se cumplieron nuestros deseos; llegó el momento que tanto habíamos deseado. Y en lo alto de los cielos resonaron los cánticos de gloria con que la Iglesia celebraba la incontaminada pureza de su adorada Madre; sus ecos armoniosos penetraron hasta las profundas cabernas del abismo, y el enemigo de María, el Dragon infernal, cuya orgullosa cabeza fué desecha y quebrantada por la invencible planta de la Virgen de Sion, se agitó en horribles convulsiones, dió gritos de rabiosa desesperacion, al oír celebrar el triunfo de la que jamás fué manchada con su veneno.

Venid pueblos y naciones, venid á celebrar á vuestra Madre purísima; porque ennoblecida ha sido sobre todas las criaturas; porque preservada ha sido de la culpa original: y prostrados al pie de su santo trono bendecid llenos de regocijo á la Virgen escogida entre millares, á quien jamás llegaron las inmundas aguas de la tempestad del pecado: á quien nunca contaminaron los impuros vapores de la corrupcion universal: á la hermosa criatura que jamás vió manchada su pureza, ni deslucido su honor, ni envilecida su magestad. Oid, oid la voz del Pastor supremo de la Iglesia, del sucesor de Pedro, que inspirado por el Espiritusanto ha definido como verdad infalible que María fué concebida sin pecado original. ¡Gloria, pues, gloria honor y bendicion al Dios de la Misericordia; honor y bendicion á María madre de la gracia y de la clemencia!

El gozo que penetra mi corazon en este momento no permite que mis labios pronuncien otras palabras que estas, ¿y quién en este dia no experimenta en su corazon estos dulcísimos afectos? ¿quién no se conmueve con la gloria de su Madre? ¿quién no se postra lleno de amor y de respeto ante

su adorable presencia? y ¿si alguno tal hubiera sería hijo de María? No, no, porque..... ¿pero dónde me conducen los afectos que ocupan á mi alma en este instante? debo hablaros sobre un misterio querido de vuestro corazon, y me entretengo en desahogar mi contento; bien veo que no es justo defraudar las esperanzas con que habeis venido á escuchar las alabanzas de vuestra Madre purísima, para penetraros de su grandeza, para aumentar vuestro afecto á la que es vuestro consuelo y esperanza, y reanimar en vosotros la devocion que os comunicaron vuestros padres; y ¿podré yo satisfacer vuestros deseos?; yo pobre y débil mortal, falto de esa fuerza superior que gozan los entendimientos privilegiados, tibio y poco fervoroso en el amor de María! ¡ah! esto me confunde y no me dejaria abrir los labios delante de vosotros sino confiára en la amorosa proteccion de nuestra Madre dulcísima. Ella pondrá en mis labios palabras dignas, para alabarla; las animará con su gracia y hará que lleguen al fondo de vuestro corazon: no mi débil voz, sino el poder de María producirá en vosotros el aumento de vuestro amor y devocion á la Madre de la misericordia. Tal es el fin de este discurso en el que, ayudado por nuestra Madre purísima, espondré los preciosos resultados que para *la Fé, la Esperanza y la Caridad* ha de traer *la declaracion dogmática del admirable misterio de su inmaculada CONCEPCION*. Y para que sea con el acierto debido, ayudadme á pedir sus ausilios, saludándola con todo el afecto de nuestro corazon.

AVE MARIA.

¡Qué agitada se encuentra la humanidad en nuestros dias! El universo entero está esperando con ansia cosas grandes, que acaso han de mudar su presente situacion. Por una parte las inteligencias estraviadas esforzándose en aglomerar siste-

mas sobre sistemas para reformar la humanidad y hacer felices á los hombres sin contar para nada con su Dios: destruyendo hoy lo que edificaron ayer; huyendo de la luz que habia de conducirlos al conocimiento de la verdad, y sembrando en todo la duda, como si la felicidad que deseamos fuera una quimera imposible, ó se encontrara en el caos de la nada. Por otra parte la guerra encendida entre las grandes potencias europeas, que como llama agitada por el viento, parece quiere difundirse á todas partes para devorar con incendio formidable los pueblos y las naciones, ¿y quién no siente palpitar su corazon de temor ó de esperanza al pensar en el porvenir?; porque allí donde se incline la suerte de las batallas allí se inclinará la de los pueblos, cuyo porvenir parece estar pendiente de esa guerra casi universal.

Mientras que toda la Europa se estremece al estampido del cañon y al ruido de las armas; mientras que los soñadores de utopías absurdas ó funestas ofrecen los desvarios de su desarreglada fantasía á la consideracion pública, se verifica en la Capital del orbe católico un hecho pacifico, y de grandes resultados. Reunidos los pastores de la Iglesia al pie del trono pontificio oyen la declaracion dogmática de la inmaculada Concepcion de María pronunciada por el sucesor de Pedro, por el vicario de Jesucristo á quien corresponde la declaracion de las verdades de fé, hecho solemne y extraordinario no observado en la Iglesia desde el santo Concilio de Trento. Para los hombres seducidos por las vanas teorías de una ciencia engañosa, ó embebidos en el ecsámen de los acontecimientos políticos, ha pasado desapercibido ese hecho extraordinario: ó no han encontrado en esa verdad religiosa, tan apartada en su concepto de los grandes intereses que se debaten actualmente, un remedio á los males de la humanidad; cual podria y deberia esperarse de la autoridad

religiosa, cuya influencia en las costumbres por nadie es desconocida. Pero nosotros fieles á la fé que hemos recibido de nuestros progenitores, y penetrados de esa confianza que inspira la solemne promesa que el divino Salvador hiciera á su Iglesia de que jamás la abandonaria; adoramos en este hecho extraordinario la mano del Señor que la dirige; la operacion del Espíritusanto que inspira al supremo Pastor y padre de los fieles; para que no se aparte ni un solo punto de la verdad. Y como todas las obras de Dios tienen un fin determinado, no dudamos que la solemne declaracion dogmática del admirable misterio de la incontaminada pureza de la Madre de Dios y de los hombres, ha de producir unos resultados tanto mas maravillosos cuanto menos esperados en las presentes circunstancias.

Por de pronto la solemne declaracion de esa verdad religiosa es por si sola un gran bien; pues confirma y asegura en el corazon de todos los fieles las ideas, que sobre la incomparable pureza y grandeza de Maria han recibido de sus padres. Esa determinacion de la Iglesia es por otra parte un principio fecundísimo, un centro de luz clarísima para dissipar las tinieblas que han esparcido en el mundo los que, huyendo de la divina revelacion han querido resolver por su razon estraviada las grandes cuestiones que tanto interesan á la humanidad, proponiéndose restaurarla con unas máximas destructoras, unas doctrinas funestas que solo pueden conducir á la horrible desesperacion. María, la Virgen poderosa que quebrantó con su planta la cabeza de la serpiente, que sedujo á la Madre del linage humano, que destruyó las heregias que intentaron rasgar la túnica inconsútil de la Iglesia; destruirá tambien esas funestas doctrinas que corrompiendo las ciencias y las costumbres, y arrancando del corazon la esperanza, amenazan conducir al antiguo caos á la socie-

dad conmovida. Nuestra Madre purísima llevará el laurel de las futuras victorias que con su ayuda ha de conseguir la Iglesia sobre todos sus enemigos, y esa corona inmortal que ha colocado en las sienes de su inmaculada protectora es la señal de los triunfos que ha de conseguir sobre los que llenos de orgullo y de soberbia se atrevieron á negar á su Dios y criador, creyéndose capaces de abrir un camino nuevo que conduzca á la felicidad que los hombres apetecen.

En efecto, ellos olvidando las luces de la razon natural, han querido deificarse á si mismos, y no pudiendo componer la dignidad que se atribuyen con las miserias que les rodean, han negado la creacion, la transmision del pecado original, la existencia misma de Dios, haciendo que Dios sea todas las cosas; sistema horrible, que con el nombre de racionalismo ha corrido desde el Norte al Mediodia, inficionando con su veneno los corazones y las inteligencias; sistema espantoso, que destruyendo cuanto hay de cierto en la naturaleza, destruye tambien la fé, única luz que puede ilustrar á la razon, y servir de faro luminoso á la inteligencia; para evitar los escollos que nos rodean en el mar tempestuoso de la vida, destruida ó debilitada la fé ¿quién defenderá al hombre del error? ¿quién le descubrirá el camino de la felicidad que desea? ¿quién le instruirá en su origen y en su fin, en la causa y en el remedio de sus males? ¡Ah! fuera de las verdades de la fé, no hay mas que confusion y tinieblas: con esta luz todo se entiende y esplica, sin ella desaparece la realidad y nos abrazamos con la nada. Dios, el hombre, el mundo son misterios inesplicables cuando se intenta conocerlos por otro medio que el de la fé cristiana; pero cuando seguimos esa antorcha luminosa, desaparece la oscuridad, y nos hallamos con la verdad bella y radiante que cautiva nuestro corazon. Para hacer mas persuasiva y convin-

te esa luz preciosa ha inspirado el Señor á su Iglesia [la definición dogmática de la purísima Concepcion de su amantísima Madre, en este siglo de errores y decepciones crueles.

Por él va á renovarse con mas fuerza en el corazon de los fieles la sublime idea de un Dios personal, infinito en santidad y poder, porque ¿en qué razon se funda esa gloriosa prerrogativa de María sino en la maternidad divina, y en la incomprendible pureza de Dios, á quien esencialmente repugna lo manchado, lo impuro y corrompido? Una sola mirada de su amor paternal embellece y santifica á las criaturas predilectas, ¿y quién mas amada ni mas favorecida que aquella Virgen dichosa, escogida desde el principio de los caminos de Dios, para reunir en si sola los nombres dulcísimos de Hija, Madre y Esposa de un Dios ecsistente en tres personas distintas? No, la hermosa hija de Sion, que enamoró á los cielos con su belleza; que ennobleció la humanidad con sus virtudes, no sucumbió jamás á la deformidad de la culpa ni estuvo aherrojada bajo el yugo del pecado. Iluminada por el Sol eterno de justicia desde el primer momento de su ser, fué enriquecida con sus primeros rayos y ennoblecida con mil preciosos dones de su gracia para ser el tabernáculo santo, purísimo é inmaculado donde habia de vestirse la humanidad, el Dios salvador de los hombres. La generacion causa de la maternidad y la filiacion tiene necesariamente por término un ser personal; y si Dios al tomar la humana naturaleza en el purísimo seno de María pudo ser y llamarse hombre sin dejar de ser Dios; fué por la personalidad divina, centro y término comun de las dos naturalezas. Asi este admirable misterio nos confirma mas y mas en el dogma de un Dios personal y perfectísimo, á quien repugna esencialmente toda corrupcion, y que por lo mismo embelleció y preservó de toda mancha á la feliz criatura que

habia elegido por Madre, y de este modo queda destruida completamente la idea de un Dios absoluto é impersonal á quien no se opone lo manchado é impuro como intentan persuadirse los secuaces del racionalismo.

Ellos no dudan en negar el dogma de la creacion, como si todo cuanto ecsiste en el mundo visible é invisible; en lo material y espiritual hubiera debido su ecsistencia á una necesidad indeclinable, como el arroyo á la fuente, como los frutos á las plantas. Sin embargo nada mas cierto que todo en el mundo ha debido su ecsistencia á la voluntad libre y omnipotente de Dios, quien hizo salir de la nada todas las criaturas, y las dispuso y ordenó segun los fines de su altísima sabiduria; todo, todo en el universo depende de su poder en su ecsistencia, en su vida, en su movimiento. Este prodigio de la creacion y del órden fisico sometido á la voluntad de Dios, se nos manifiesta de una manera admirable en el dogma consolador de la Concepcion immaculada de María. Fijad por un momento vuestra consideracion en este admirable misterio y encontrareis un privilegio singular, una prerrogativa jamás á otro concedida. Por una parte vemos la corrupcion en que nacen todos los hijos de Adan, trayendo en su seno una raiz mortífera que ha destruido en ellos la vida del alma; que da por fruto la debilidad de las potencias, la rebeldia de las pasiones y la inclinacion al mal que los arrastra al pecado: y por otra una Virgen purísima y sin mancha, llena de esa vida del espíritu, que produce la integridad de las potencias, la sumision de los apetitos, y la incorruptibilidad del corazon. ¿Y por qué esa diferencia? ¿No salió ella tambien de ese tronco maldecido, de esa raza culpada y enemiga de Dios? ¿No fué procreada como todos los descendientes de Adan? Sí, pero el Señor la preservó de toda corrupcion; se apresuró á salvarla de la inmundicia

de la culpa original; no consintió que el humo asqueroso del pecado empañase en lo mas mínimo el purísimo cristal de su inocencia. Quería sanar ese tronco carcomido, esa raza infeliz y degradada; y preservó ese ramo en todo su verdor y lozanía, le protegió con su mano poderosa, porque de él habia de servirse para dar la vida á los muertos, la luz á los ciegos, la salud á los pecadores.

Por eso la Concepcion immaculada de María, tan admirable por salir del órden comun y general de la de todos los hijos de Adan, dió principio al nuevo órden de cosas establecido por la voluntad misericordiosa del que á su arbitrio dispone de toda la naturaleza, del Dios clementísimo que para salvar á la humanidad de sus males, la traslada á un órden sobrenatural del que ha sido creador por su hijo Jesucristo nacido en la plenitud de los tiempos de esa Virgen escogida, en cuya presencia es deslucido el sol y oscuro el resplandor de las estrellas. Su Concepcion immaculada fué el primer rayo del nuevo dia que iba á brillar sobre los desgraciados mortales que tantos siglos habian estado sentados en las sombras del error y del pecado. Momento solemne en que la fé nos hace ver al supremo Señor del universo tendiendo su mano sobre el caos de la humanidad degradada para salvar á su Madre de aquella masa corrompida y manchada y diciendo al darla la ecsistencia: *Ecce nova facio omnia*. De este modo por la solemne definicion de la incontaminada pureza de María se confirma y robustece esta verdad inconcusa, acsioma fundamental de las ciencias reveladas, á saber que Dios es autor de la gracia, creador y reparador de la naturaleza.

Resta otro punto no menos importante para la fé cristiana sobre el que los maestros de mentiras, que tanto abundan en nuestro siglo, han sentado unas doctrinas opuestas á la divi-

na revelacion y á la voz misma de la naturaleza , constantes en negar las verdades de la fé , han negado tambien la transmision del pecado original á todos los descendientes de Adan, causa única de los males y desgracias que sufre la humanidad. Pero por la solemne definicion de la Concepcion de Maria, sola exceptuada de esa mancha tan funesta , se confirma ese dogma fundamental del cristianismo, que nos enseña que el hombre no salió de las manos de su Criador cual nosotros le encontramos; él mismo fué la causa de su desgracia; él se sumergió asi y á todos sus hijos en ese mar inmenso de miserias que por do quiera le rodea , y del cual no podia salir por sí mismo; siendo necesario que el hijo de Dios descendiese del alto asiento de su gloria para salvarle , y sanar las llagas que en él abriera al pecado. Puro y santo salió de las manos de Dios, enriquecido fué de dones admirables, la ciencia , el poder, la felicidad y la vida eran su patrimonio; dueño completamente del mundo y de sí mismo, veia sometidas á su imperio todas las criaturas, y sujetas á su razon las pasiones, los apetitos y deseos de su corazon; nunca el dolor hubiera entristecido su semblante ni las lágrimas humedecido su rostro: y esta dicha imponderable habia de ser la herencia de sus hijos; á quienes con la vida trasmitiria la gracia y los dones que gozaba, si reconocido á los beneficios de su Dios hubiera permanecido fiel y obediente á su precepto: pero ingrato y desleal se opuso á la voluntad de su Criador, y en el funesto deseo que le fué sugerido por la serpiente infernal, se olvidó de sí mismo y de sus hijos quebrantando el mandato de Dios, y la maldicion del cielo cayó sobre él y sobre sus descendientes: en aquel instante mismo vióse despojado de todos los dones de que habia sido adornado; su ciencia se convirtió en ignorancia; su poder en flaqueza; su felicidad en dolores; su vida en muerte: todas las cria-

turas se revelaron contra él, ¿y qué [mucho sucediese esto cuando él mismo sintió entablarse una guerra inmortal entre su corazón y su inteligencia, entre su alma y sus pasiones? Y en este estado infeliz fué arrojado del lugar de las delicias á la mansion de los dolores, y condenado al llanto y á la miseria. Tal es la causa de los males que afligen á la humanidad: de esa guerra interior que hay en nosotros; esa la raíz de las aflicciones, de los dolores y miserias de nuestra vida. Porque no era posible que de un padre pecador y degradado naciesen hijos santos y queridos de Dios. Pues Adán no podia transmitir á sus descendientes la limpieza cuando él estaba manchado, la perfeccion de la gracia cuando él estaba privado de ella, era pues preciso que los hijos naciesen corrompidos de un padre corrompido, enemigos de Dios de un padre enemigo de Dios, porque para que naciesen justos de un padre pecador, amigos de Dios de un padre enemigo de Dios era necesario cambiar totalmente esa ley de la naturaleza por la cual lo semejante enjendra lo semejante, y solo un portentoso milagro podia exceptuar á un hijo de Adán de esa desgracia universal. Y ese milagro se obró en el tiempo determinado por el supremo Hacedor, por medios tan sobrenaturales que llenaron de admiracion á las virtudes del cielo, la única criatura exceptuada de esa corrupcion general, fué nuestra adorable Madre; no, no fué puesta para ella esa ley de muerte, no pagó ese ignominioso tributo, no contrajo esa mancha original que nos hace aborrecibles á Dios al dar el primer paso en la vida. Privilegio extraordinario que el mismo Dios quiso manifestar al primer hombre para que le sirviese de consuelo en su desgracia. Privilegio singular, causa de la victoria que María habia de conseguir sobre el infierno. Ella quebrantará tu cabeza se dijo al príncipe de las tinieblas: y la quebrantó; ni un solo

instante estubo sometida á su poder, ni un solo momento estubo sujeta á su imperio, asi lo ha creido siempre el orbe católico. Asi lo ha definido últimamente la Iglesia; quien con ese juicio solemne sobre la Concepcion immaculada de María opone á los absurdos del racionalismo tres verdades inconcusas, la personalidad de Dios, la verdad de la creacion y la transmision del pecado original. ¡Oh cuan gloriosa se ostenta hoy á los ojos de los fieles la Virgen escogida entre millares en la que los enemigos de Dios no encuentran mas que misterios de oscuridad, sin aplicacion alguna á las verdades fundamentales del cristianismo! Pero ella que triunfó de las antiguas herejías, triunfará tambien de los errores modernos, y de las falsas doctrinas que tienden á pervertir el corazon de los hombres.

En efecto, no contentos con apartarlos de la fé, única luz que puede instruir su inteligencia quieren corromper su alma arrancándoles la esperanza que puede escitar en ellos el deseo de salvarse y ser felices eternamente. Esa felicidad, dicen, que la fé promete á los servidores de Dios es una vana quimera, un sueño de delirio, una sombra sin cuerpo para seducir á los ignorantes, nada hay reservado para el hombre mas allá de la tumba. Vivamos y gocemos de la vida, porque la nada nos espera en el sepulcro. ¿Y qué esperanza le queda al pobre y al desgraciado? ó habrá de resignarse á vivir en la afliccion y morir sin consuelo, ó tendrá que lanzarse al camino del crimen, único que encuentra espedito para mitigar sus dolores. Si semejante doctrina llegase á prevalecer en el mundo ¿qué seria de la humanidad, qué de la sociedad de los hombres? Para destruir los perniciosos efectos de esas doctrinas, y reanimar la esperanza en el corazon de los hombres, ha sancionado la Iglesia la verdad infalible de la purísima Concepcion de María. Misterio consolador en el cual

vemos brillar el amor y misericordia de Dios nuestro padre, que para salvarnos de los males y miserias de la vida, determinó enviar á la tierra á su unigénito Hijo, para que haciéndose hombre en el purísimo seno de una Virgen sin mancha nos librase de la esclavitud del pecado, y de la maldición que por él vino sobre los descendientes de Adán. Y esa bellísima criatura fué la primera que experimentó los efectos de esa misericordiosa voluntad con que el supremo Hacedor queria sanar la humanidad. No, no incurrió ella en esa maldición funesta ni participó de esa esclavitud degradante. El Padre eterno la amó mas que á todas las obras de sus manos desde el primer momento de su existencia, y la colmó de toda clase de dones para que fuese el consuelo y la esperanza de los que iba á redimir su Hijo sacrosanto. Esta es la razon de esos privilegios admirables que fueron otorgados á María desde el primer instante de su ser natural. Si el Señor la preservó del pecado y la colmó de su gracia fué para que protegiese á los desgraciados, socorriese á los débiles y consolase á los pecadores.

¡ Ah, cómo no hemos de sentir nuestro corazon penetrado de esperanza al contemplar en nuestra immaculada Madre, á la Reina de la misericordia, al Trono de la clemencia de Dios, al Propiciatorio de la caridad á todos abierto, comun á todos, incomparable, inmenso, universal! Hombres desgraciados, que buscáis la felicidad sin hallarla en donde la buscáis: oid, oid esa voz de la Iglesia, que aclamando á María pura y ecsenta de la mancha del pecado, os invita á poner en ella toda vuestra esperanza; porque todo lo puede con Dios, la que ni un solo instante estuvo en su desgracia. Ella tambien os asegura que si hay amarguras en la vida hay una Madre que os consuele, si hay peligros, hay una Madre para defenderos y conduciros á la verdadera feli-

cidad. Y esa Madre es María, la estrella de nuestra esperanza, la fuente de nuestros consuelos. Desgraciado mortal, que seducido por las falsas doctrinas de los maestros del error, has cubierto tu corazón de toda clase de abominaciones, aparta por un momento la vista de la tierra y mira á tu purísima Madre, ¡qué hermosa es! en su rostro brilla la clemencia y la misericordia, sus labios pronuncian palabras de amor y de consuelo, y te alarga la mano para salvarte, abre tu corazón á la esperanza, porque la Vencedora del infierno en el primer momento de su existencia puede y quiere salvarte de tus males, arrojáte á sus plantas, y la paz y la alegría renacerá en tu corazón, y con ella la caridad, esa llama dulcísima de amor que ha de reanimar su fuego con la fé en su inmaculada pureza.

En efecto entre los infinitos delirios de los pretendidos reformadores de la humanidad se encuentra el de que el Señor y criador del universo no se cuida para nada de los hombres ni atiende á sus acciones, ni vela por su felicidad: él los ha dado la vida y los ha puesto en el mundo, sino para que se devoren los unos á los otros, al menos para que no se miren como hermanos, ni se amen entre sí, ni se cuiden de los males de sus semejantes: esta doctrina santifica el ignominioso egoísmo, y le propone como el único principio regulador de las acciones humanas, como la única regla de las costumbres. ¡Desgraciados de los hombres el día en que semejantes principios llegasen á dominar entre ellos! ese sería el último de la sociedad, y el mundo se convertiría muy pronto en un vasto cementerio; ¡ah cuán diferente es la doctrina de la Iglesia! Ella nos enseña que la humanidad es una sola familia en que todos son hermanos, cuyo padre es Dios, padre amantísimo que provee á todas las necesidades de sus hijos, que los ama con ternura y los manda que se amen los

unos á los otros. ¡Oh! si ellos cumpliesen esta voluntad de su bondadoso Padre; si viviesen unidos con el dulce lazo de la caridad cristiana, cuan distinta seria su situacion en la tierra! ¡cuántas desgracias se ahorrarian! ¡cómo desaparecería para siempre del mundo el génio funesto de la guerra! y con la paz vendria la abundancia, y con la abundancia la felicidad.

Como esta doctrina de la Iglesia ha sido casi siempre olvidada por los corazones insensibles á las desgracias de sus hermanos, para ablandarlos y hacerlos entrar en mejores sentimientos, ha inspirado el Señor á su Vicario en la tierra la definicion dogmática de la Concepcion immaculada de María, que recordándonos el amor infinito con que el hijo de Dios se desnudó de los resplandores de su gloria para hacerse nuestro hermano y elevarnos á la alta cualidad de hijos adoptivos de Dios y herederos de su reino; nos presenta la gloria de la que fué escogida para ser su Madre, que habia de serlo tambien de todos los hombres. Madre amantísima, cuya ternura se estiende á todos ellos sin distincion alguna, cuyo amante corazon se abre á todos los afligidos: todos somos sus hijos, y nunca debemos permitirnos ejecutar lo que pudiese desagradar á Dios nuestro padre, contristar á María nuestra madre, y ofender á nuestros hermanos; asi cumpliríamos los dulces deberes que la caridad cristiana nos impone, y nos haríamos acredores á los beneficios que el Señor derrama sobre los hombres por intercesion de su purísima Madre, á quien escogió para trono de su clemencia, para sagrario de su misericordia, donde todo respira grandeza y magestad, donde jamás tubo lugar la mancha de la culpa: al que amó desde el principio mas que á todas las obras de sus manos, al que señaló para lugar de refugio donde habian de hallar consuelo y esperanza los desgraciados y los afligidos. ¡Oh

misterio consolador! tu recordándonos nuestras desgracias e imperfecciones nos haces ver en nuestra Madre dulcísima la estrella hermosa de nuestra esperanza, colocada por el mismo Dios sobre el mar tempestuoso de la vida, para que nos ilustre con su clarísima luz, nos anime con sus benéficas influencias y nos abraze con el santo fuego del amor y de la caridad cristiana. Tu recordándonos que todos somos hermanos, nos incitas al amor mútuo y á los buenos oficios de la caridad; y nos acuerdas que faltando á ese sagrado deber nos declaramos estraños á esa familia de la cual es Dios el padre y María la madre clementísima. A recordarnos todo esto viene esa voz de la Iglesia que declarando la inmaculada Concepcion de nuestra Madre dulcísima, nos hace esperar confiados muchos y abundantes frutos para nuestra felicidad eterna y temporal.

Gracias, pues, gracias inmensas sean dadas al Señor nuestro Dios y nuestro padre que ha inspirado á su Vicario en la tierra la solemne declaracion de este dogma de nuestra fé, del que proceden tantos rayos de luz clarísima para disipar las tinieblas que han esparcido en el mundo los reformadores de las ciencias y de las costumbres. La fé se ostentará mas brillante, se arraigará con mas fuerza en el corazón de los fieles la esperanza en su Dios y salvador, y la caridad aprocsimará mas y mas los corazones hasta hacer uno solo de todos ellos. Sea asi, oh Madre inmaculada, sea asi, y que todos vuestros hijos poseidos de un mismo deseo, vengán á postrarse en vuestra presencia para alabaros y bendeciros. Sí, amados hermanos, venid á los pies de nuestra Madre; sentada está sobre un trono de candor mas blanco que la nieve, y bendigámosla por haber sido preservada de la culpa original. Sí, oh Madre amabilísima, os alabamos y bendecimos con todo el afecto de nuestro corazón

y con nosotros todas las criaturas: Gloria os dan los mares, porque sois un mar sin fondo de misericordia y de amor: Gloria os dan los rios y las fuentes, porque sois el rio de la gracia, la fuente inagotable de consuelos: Gloria os dan los astros del firmamento, porque sois la hermosa aurora de la redencion: Gloria os da el sol, porque mas resplandeciente brillais en el universo sin la mas ligera mancha que enturbie vuestra clarísima luz: todo, todo os bendice, oh Madre cleméntisima. Oid las voces que vuestros hijos os dirijen desde la tierra, esas voces son las de los ancianos, cuyas tristezas consolais; las de los jóvenes, cuya esperanza animais; las de las doncellas, cuya pureza defendeis: son los suspiros de los padres que os ruegan por sus hijos; los de las madres que os recuerdan que Vos sois su consuelo y la proteccion de sus familias; los de los niños que os piden que defendais su inocencia: suspiros de amor, que partiendo de todos los puntos de la tierra, os aclaman libre y ecsenta del pecado original desde el primer instante de vuestro ser natural. Esta es nuestra fé, en Vos está nuestra esperanza; no nos negueis vuestro amor; sois nuestra Madre, hacednos dignos de ser vuestros hijos en la tierra para que os alabemos un dia en las mansiones eternas de la Gloria.

IN SOLEMNISSIMA FESTIVITATE PRO DOGMATICA DECLARATIONE
INMACULATÆ CONCEPTIONIS BEATISSIMÆ SEMPERQUE
VIRGINIS MARIÆ.

À PHS VALLISOLETANIS JUCUNDISSIME CELEBRATA
RITHMUS.

Lauda Sion Matrem sanctam:
Lauda Matrem præservatam
A peccati macula

Sit mens suplex; vox sonora;
Sit jucunda sit canora
Cordis jubilatio.

Diem istum celebremus;
Magno júbilo exulemus
Tantæ Matris gloria.

¡ Oh quam felix, et præclara,
Nobis grata; Deo clara
Fuit ejus Conceptio.

Ipsè Pater præservavit,
Et muneribus ornavit
Charissimam filiam.

Verbum etiam Matrem puram
Voluit esse, nec passuram
Maculam peccati.

A Paraclito dilectam
Scimus factam et perfectam
Omni perfectione

Virgo magna generatur:
Deo placet et formatur
Absque ruga et macula.

Peccatum numquam scivit
Virgo potens quæ contrivit
Serpentis malitiam.

Nos in portu salutari
Tua sistat gratia. Amen.

Sic Ecclesia definivit,
Sic decrevit, et sancivit
Ducta Sancto Spiritu.

Fide magna confitemur
Hoc mysterium gratulemur
Virgini Purissimæ.

Laudes Deo decantemus
Et in eas collaudemus
Matrem amantissimam.

Salve Verbi Sacra Parens
Flos de spina, spina carens
Flos spineti gloria

Ab æterno vas prævissum,
Vas insigne, vas scissum
Manu Sapientiæ.

Tu cœlestis paradissus:
Tu libanus non incissus
Vaporans dulcedinem

Salve Mater Salvatoris
Clarum intus, purum foris
Factum ab Altissimo

Mater bona quam rogamus,
Tu da nobis quod optamus,
Tuos esse filios.

Te rogamus voto pari
Laude digna singulari,
Ut errantes in hoc mari

R. G.

*La música de este Himno es composición del señor don Antonio Garcia
Valladolid, maestro de Capilla de la santa Iglesia Catedral.*



UVA. BHSC. LEG.11-2 n°0895

UVA. BHSC. LEG.11-2 n°0895

UVA. BHSC. LEG.11-2 n°0895